

de Homero. ¿Qué palabras alcanzan a explicar un gesto silencioso de Eleonorá Duse?

El hombre, en cierta etapa de la civilización, quiso conservar con el mimo las prerrogativas del lenguaje muscular. De ello quedan vestigios: «Bis saltavit et placuit». Pero el arte dramático, olvidándose un tanto de sus orígenes, echó mano de las palabras, con lo cual, las actitudes y los gestos vinieron a quedar en un plano de segunda orden. Cada día es más temerario y absorbente el predominio de la palabra sobre la acción. Bastardeando su origen y abandonando la senda que conduce a su destino manifiesto, el drama ha venido a ser un arte literario contra todo precedente y toda razón. El teatro, no es literatura, y cuando llega a serlo y cuanto más lo sea, más se aparta de sus principios. En este momento de la vida triste y cataléptica del teatro, puede verse sin dificultad que ha llegado a esta íntima decadencia por haberse hecho demasiado literario.

Conviene adelantarse a una probable objeción. Se dirá que en los tiempos de mayor auge fué el teatro en España, en Francia, en Inglaterra, género tan marcadamente literario que usaba del verso y la prosa en una misma pieza. Es fácil retorcer ese argumento. La prosa es hoy tan literaria como el verso. Hay razones para creer que en un principio la forma natural de expresión del hombre era un género de frase en que predominaban o el ritmo o la rima. De ello hay testimonio en los viejos refranes, para formular los cuales la sabiduría humana buscaba inconscientemente el apoyo de las rimas o de las medidas prosódicas con el fin de hacer más duraderas sus enseñanzas. He leído en una vieja historia de las tribus brasileñas que había entre ellas alguna o algunas cuya forma natural de expresión era el verso. Además, entre la prosa y el verso no hay diferencia esencial, sino meramente de grado. Es difícil señalar el punto en que una empieza y termina la otra. Ambas pueden ser literatura o dejar de serlo según el temple del instrumento. Son literatura (en el sentido que da Verlaine a esta palabra en su «Art Poétique»), las arengas de Castelar, a manera de ejemplo. No son literatura, o no me lo parecen, las frases ritmadas de «La verdad sospechosa», teatro puro, aunque superficial e inclinado a la caricatura. Aunque las importunas explicaciones con que mentes rudimentarias suplementan la película del cinematógrafo fuesen escritas por Boccaccio o estuviesen redactadas en verso de tan puro lirismo como el de las coplas de Jorge Manrique, no por eso había de figurar el cinematógrafo entre las artes literarias. Importa repetirlo: el dramaturgo no trabaja con palabras sino con hombres. Las frases que escribe para poner en boca de sus personajes no han de tener otro objeto que señalarle al actor los rasgos esenciales y los matices del carácter que representa. El actor que sabe su oficio se sale a menudo de este derrotero y mejora la obra. Estas intercalaciones de actores atrevidos y conscientes de su arte, las supresiones que solían permitir-

se, no sin reemplazar con la mueca los abajados de una retórica fastuosa, son las que complican hoy de manera desesperante la labor de los críticos empeñados en determinar lo que es obra de Shakespeare en las que llevan su nombre, lo que incrustaron en ellas actores y empresarios de la época, lo que suprimieron sin misericordia, o lo que Shakespeare mismo puso en obras ajenas, a las cuales les ha asignado su paternidad una tradición más precipitada que inteligente o respetuosa. El episodio dramático tiene valor principalmente como rumbo en que se desenvuelve el carácter de un hombre; pero las cualidades literarias de las frases que este hombre diga nos tienen sin cuidado a los espectadores del drama. Puede hablar como un paleta si es un paleta; puede hablar mal la lengua si se trata de un extranjero. En rigor, nada importan la literatura y la retórica en el lenguaje de los personajes, porque es sabido que en la realidad el diálogo de las gentes es una confabulación abierta contra la sintaxis y la retórica, sin que se escape el sentido común. Las gentes que hablan correctamente en la conversación ordinaria dan la impresión de estar diciendo un discurso aprendido de memoria y son siempre individuos enfermos de afectación. «El señor X no habla», decía un espíritu maleante refiriéndose a un hombre de muy brillante y correcto decir; «el señor X no conversa, redacta». Lo mismo puede decirse de las personas dramáticas en la mayor parte de las comedias. Los actores se tornan en modelo de elocuencia cuando recitan los papeles que para ellos han compuesto Benavente, o Brioux, o Gabriel D'Annunzio. El teatro de Ibsen adquirió sobre las almas el ascendiente mágico de que da testimonio la escena universal, no porque no fuera literario, sino porque redujo a lo mínimo la dilución de la literatura en su vasta obra de genio. Es tan reducida la cantidad de literatura que hay en el teatro de

Ibsen de su mejor época, que basta un conocimiento mediano del noruego para leer sus dramas de diálogos premurosos, de frases entrecortadas, en que las muletillas y las perogrulladas forman el mayor volumen de la parte recitativa. Por eso, cuando algún personaje de estos dice una verdad extraordinaria en forma breve y como desprevenida, resalta más su significado en el ánimo de los espectadores. Los más grandes dramaturgos no fueron siempre hombres de muchas letras. Poco sabemos de Shakespeare; pero es notorio, a pesar de sus citas latinas, de sus escenas en mal francés, de sus nombres de personajes en italiano, de sus dramas históricos, de sus conocimientos de ciertas formas legales, que su bagaje literario no era de los más abundantes. Su gran mérito como autor de dramas estriba en que por haber vivido por detrás de bastidores, consideraba al hombre como instrumento dramático y miraba la vida toda, sonriendo interiormente, desde el proscenio, no desde la torre de marfil de los literatos y los doctos. Casi todos los grandes dramaturgos han vivido como Shakespeare detrás de bastidores. Para ellos el teatro es un arte independiente, sin nexos con la literatura.

Hace unos pocos años ruedan por el mundo occidental compañías de cómicos rusos, precedidos, de capital en capital, por la buena fama del «Teatro de Arte», creación, según parece, de los intelectuales de Moscú. El éxito de este género es una de las insinuaciones más tremendas contra la pretensión, que ha durado varios siglos, de hacer del teatro un arte literario. Uno de los principales éxitos logrados por estos precursores de una nueva idea dramática estriba en el empeño de hacer del hombre un fanteche. ¿Qué otra cosa somos cuando nos miramos fríamente hacia adentro? Esta idea es la base fundamental de todo teatro. En cuanto ocupa las tablas, el hombre pasa a la categoría de los títeres. Va a representar hombres como los representaba el Maese Pedro, pero él mismo es apenas algo más que una figura de cartón. Maese Pedro tenía un acólito para iluminar la mente de su auditorio. El talento del hombre fanteche y del autor de comedias, capaz de mirar al mundo, como Shakespeare, exclusivamente desde el proscenio, consiste en eliminar o en reducir a un minimum la cantidad de literatura necesaria para hacer comprensibles la acción y los caracteres de los personajes; la literatura del «muchacho intérprete y declarador de los misterios del retablo» como dijo Cervantes.

En el Teatro de Arte ruso el hombre se convierte en fanteche descaradamente en los «Soldados de madera»; con ciertas limitaciones en la «Historia de Katinka». Este teatro y la creciente prosperidad del cinematógrafo abren una nueva perspectiva a la mirada inteligente del moderno autor dramático. El teatro es un arte inferior y es menester exaltarle poniéndolo fuera de la literatura.

B. SANÍN CANO

(La Nación, Buenos Aires).

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

José M. del Hogar: <i>Las primeras espigas</i> (novela).....	2.00
Maltrana: <i>Chile Nuevo</i>	2.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i> ..	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i> ..	1.00
N. Murray Butler: <i>El significado de la educación</i>	4.00
M. D'Azeglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos).....	4.50
R. Dozy: <i>Historia de los musulmanes de España</i> (4 tomos).....	6.00
Emerson: <i>El poeta</i>	0.25
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
J. Muñoz Escámez: <i>H. Berlioz: Su vida y sus obras</i>	2.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.).....	4.00